

1932-1942

SAM BANANA

El desplome de noventa por ciento del precio de las acciones de la United Fruit Company fue un balde de agua fría en su cabeza que irritó y alarmó al cincuentón Samuel Zemurray, su mayor accionista, al leer el telegrama con el último reporte de Wall Street, y salió de prisa de su escritorio al comedor de su mansión en Nueva Orleans para darle esa terrible noticia a su esposa, Sarah Weinberger, sentada ya con sus hijos adolescentes Sam junior y Doris, listos para empezar la cena. Agregó con los ojos desorbitados que volaría mañana a Boston para solucionar la crisis con la Junta Directiva, y ella le recordó que los efectos de la recesión aún golpeaban la producción y el comercio mundial mientras el mesero de tez negra pasaba llenando con sopa el plato hondo para los comensales alrededor de la mesa de caoba. Se sentó, arregló su camisa blanca e hizo silencio inmerso en sus pensamientos viendo a sus hijos; calmado, razonó que debió haber seguido como su presidente, mientras ella le pidió que antes de partir le dijera al arquitecto que apurara los trabajos de remodelación de la fachada neoclásica de su hogar, y que no se olvidara de pintar la casa de campo en su quinta en Hammond, donde la pareja encontraba solaz.

Esa noche en su escritorio él miró su cuenta bancaria y portafolio de acciones por un valor de treinta y dos millones de dólares y temió que iba a perder demasiado si no hacía nada. Luego de leer los últimos reportes se apresuró a tomar una pluma y escribió sus propuestas para solucionar los más graves problemas del emporio bananero. Pasado mañana las presentará a sus fatuos

directivos que se precian de ser la crema y nata de Boston, pero desconocen Centroamérica y nada de las variedades de banano de sus plantaciones, satisfechos solo con recibir las ganancias cada año, sin entender el negocio. Ahora, al menos, están preocupados porque solo recibirán migajas. Será interesante visitar la sede por vez primera, aunque de antemano está consciente de que será rechazado por partida doble: por su acento ruso y por ser judío (su nombre original, Samuel Zemuri, lo cambió a Zemurray para despistar su origen, pero nunca perdió el acento). El joven migrante ruso trabajó de adolescente en Alabama como operario para la United Fruit y siguió el ejemplo de sus fundadores, Minor Keith, Lorenzo Dow y Andrew Preston, que en 1885 formaron la empresa frutera, para llevar bananos verdes en barcos de Jamaica a Boston y luego a Nueva York, aunque muchos maduraban antes de tiempo hasta que la refrigeración resolvió el aprieto. A inicios de siglo, Keith extendió su negocio a Costa Rica, Guatemala, Colombia, mientras Zemurray dejó de ser su empleado y se fue a comprar tierras a Honduras con préstamos leoninos que obtuvo en Nueva Orleans, dinero que le sirvió también para dar coimas a los funcionarios. Con la seguridad de que el Caribe era ya el “Mare Nostrum” de Estados Unidos desde que derrotó a España en 1899, desarrolló su primera plantación bananera en el río Cuyamel y otras más con las ganancias obtenidas de sus ventas a Nueva Orleans. Controló los gobiernos de turno de Honduras e incluso proveyó de ametralladoras a los golpistas que llevaron al poder a Manuel Bonilla, fundador del Partido Nacional, quien luego lo exoneró de impuestos y le dio más concesiones de tierra para producir y comercializar el oro verde destinado a los estados del sur de su país. Sus relaciones con la Casa Blanca fueron notorias cuando influyó en el viaje que hizo a Honduras el presidente Herbert Hoover, que posó junto al dictador Bonilla en una foto rodeado por los gerentes de las plantaciones. Hoover no fue a saludar a los “soldados de fortuna” ni a los capataces que imponían el orden en ellas, ni a los obreros en sus ranchos con techos de paja rodeados de perros flacos y gallinas picando la tierra.

En esos años los *marines* ocupaban Cuba, Puerto Rico, República Dominicana, Nicaragua y el canal interoceánico en Panamá, ya separada de Colombia, lo que consolidó al emergente imperio de este hemisferio.

Tanto la Cuyamel y la UFCO prosperaron durante dos décadas protegidas por Washington, pero la rivalidad fue obvia cuando Zemurray quiso poseer las plantaciones de Keith en la vecina Guatemala, al punto que presionó para que se resolviera el asunto por las armas, mientras Hoover miró a otro lado. “Es una guerra de bananos y no entre hermanos”, dijo en 1928 el embajador de Guatemala en Honduras, Virgilio Rodríguez Beteta, quien actuó como mediador y contuvo los ímpetus bélicos de Zemurray. Keith, ya enfermo y sobre quien recayó ese año la responsabilidad de la muerte de mil trabajadores colombianos huelguistas, le propuso fusionar sus empresas para vivir en paz y, cansados de la vida, así lo hicieron: Zemurray quedó de presidente de la nueva UFCO como su mayor accionista. Keith murió al año poco antes del *crack* de 1929 y, en plena gran recesión mundial, Zemurray la sacó adelante entre las procelosas olas de la caída mundial de precios. Pero dos años después, cuando creyó que ya había pasado la tormenta, se fue a vivir a Nueva Orleans. Sin embargo, tras su partida, el negocio se vino a pique de nuevo y fue cuando en su hogar decidió con su esposa que volaría a Boston para persuadir a los accionistas más importantes, miembros de la élite protestante de los blancos anglosajones, que dominan la vida del país, para resolver la crisis.

Tras aterrizar el avión en Boston, conocida por sus buenas universidades de raíz colonial, se hospedó en el hotel Ritz-Carlton y, con los informes que pidió al tesorero de la empresa, pasó la noche leyendo papeles para analizar cómo capear la tormenta financiera en tanto apuntaba sus ideas. Muy temprano desayunó, se puso el abrigo sobre su traje gris, tomó su maletín y se dirigió a pie a la céntrica Federal Street 1 bajo el duro frío de invierno, sede de la empresa, en un sobrio edificio de esquina de cuatro pisos. Sus directivos encopetados en ternos negros lo recibieron con sus camisas blancas, los cuellos y puños almi-

donados, mientras él lucía malpuesto el nudo de la corbata. Con disimulo no le estrecharon la mano porque era judío y, altivos, lo llevaron directo a un salón, donde tomaron asiento alrededor de la mesa oval de reuniones. Luego de las palabras iniciales del directorio, de pie les presentó un sucinto pero incisivo análisis de la situación tambaleante de la empresa y les preguntó qué iban a hacer para superar el desafío de mantenerla a flote. El ampuloso Daniel Gould Wing, burlón, le respondió en nombre de los demás directores: “Desafortunadamente, señor Zemurray, no he podido entender una sola palabra de lo que dijo”, mientras los demás se llevaron la palma de su derecha a sus labios para ocultar la risa. El ruso balbuceó palabras de enojo, miró a Wing y se retiró. Sin prestar atención a los chismes del salón, fue a transcribir con dos mecanógrafos sus apuntes con ideas para sacarla adelante. Ya trascritas, tomó las dos hojas y sacó de su portafolio la constancia de sus trescientas mil acciones de la empresa. Encontró el salón lleno de murmullos y nubes de humo de pipas y puros. Las hojas las entregó a Wing quien, luego de tocar una campanilla para silenciar al directorio, las leyó en voz alta. Al final todos aprobaron sus propuestas. Sam Banana Republic, como le apodaban, con voz clara y enfadado sentenció: “Ustedes son los chingados responsables de la pésima administración de la empresa. ¡Yo voy a volver a mi trabajo anterior para sacarla del fango en que la han dejado!”. Así, retomó la presidencia, se alojó en una suite del hotel Ritz-Carlton para cuidar sus intereses y, como buen ejecutivo, con ahorro de costos correctos y dejando la publicidad al mismo nivel, superó los graves problemas inmediatos de su compañía.

Felices, sus hijos arribaron a Boston para estudiar en dos reputadas universidades para contento de sus padres, mientras él generaba grandes beneficios a los accionistas. Sin embargo, los directivos nunca lo aceptaron en la sociedad ni lo invitaban a cocteles o fiestas, pero sí iban a cada rato con los gerentes a la suite para oír sus largas y tediosas sesiones de trabajo sobre algunas trabas en las plantaciones como el paso de huracanes, la necesidad de adquirir nuevos barcos, modernizar puertos...

más los líos de los trabajadores en las plantaciones, las huelgas de por medio, atronadoras inundaciones, consciente de que debía estar en persona *in situ* para la buena marcha de la producción y comercialización de la fruta.

Fue así como luego de varios años de ausencia volvió de nuevo a Centroamérica y corrigió algunos cuellos de botella, y se concentró en procurar la cura a la enfermedad sigatoka negra que atacaba las hojas, un hongo que podía destruir en poco tiempo las bananeras. Hasta que probó con éxito un compuesto Mixtado de Bourdeaux, que lo motivó a planificar una escuela de agricultura donde se investigara esa y otras plagas que atacaban el banano y variedad de frutas. La producción se salvó y él expandió su imperio hasta tener ochenta mil trabajadores en el Caribe, con la consigna secreta para sus gerentes que debían de tener “Mano dura con los huelguistas y plata para comprar a los funcionarios”. Estos ganaban bien, felices de jugar golf en los campos de la empresa los fines de semana, sin importarles el sofocante calor ni los piquetes de mosquitos que abundaban por doquier a pesar del DDT que se rociaba para combatir la malaria, como Estados Unidos hizo a lo largo y ancho de las costas del Caribe, que hicieron posible la vida laboral.

Sam Banana sonrió al recibir la noticia del abogado Allen Dulles, del bufete Sullivan: el presidente de Guatemala, Jorge Ubico le dio una nueva concesión de tierras para desarrollar plantaciones en las costas del Pacífico, en Tiquisate, que abarataría el transporte de la fruta a California. Le otorgó privilegios fiscales a su red que cubría telefonía, electricidad y ferrocarril, y le aseguró bajos salarios, en retribución porque apoyó su ascenso al poder a inicios de la década. Además, mantuvo la concesión de Puerto Barrios, donde atracaban los barcos de la United Fruit, que iban y venían de los Estados Unidos, con el sello de Gran Flota Blanca. En Nicaragua además poseía plantaciones bananeras no muy grandes y competía con la pequeña Standard Fruit, propiedad de migrantes italianos estadounidenses, apoyadas por el déspota Anastasio Somoza, claro, por una buena coima.

En 1941 Zemurray inauguró la Escuela Agrícola Panamericana Zamorano, a treinta kilómetros de Tegucigalpa, sin fines de lucro, bajo la dirección del doctor Wilson Popenoe, conocido botánico y horticultor estadounidense, que se instaló allí poco después.

A fin de ese año Japón atacó Pearl Harbor en Hawái y ocupó las zonas productoras de hule de Asia, por lo que Zemurray mandó sembrar árboles de hule a pedido del Pentágono, ya que la industria de los neumáticos de su país necesitaría el líquido blanco. Entretanto, su hijo Sam Junior, graduado de la Harvard Business School, concluyó su entrenamiento como piloto aviador y se enlistó en la fuerza aérea de su país, mientras su hija Doris, titulada en arqueología y antropología, se fue con su esposo Roger Stone a vivir a Costa Rica, con ganas de investigar la interesante historia precolombina de Mesoamérica, para empezar con el enigma de las enormes piedras redondas encontradas cerca de San José; y luego, en Guatemala, desenterrarían más estructuras y estelas mayas en Tikal y Quiriguá cerca de otras plantaciones de la empresa, sin olvidar Copán.

A Zemurray en esos días le llegaron reportes de sus políticos bien situados en Washington que la Casa Blanca ahora tuvo serias desavenencias con los dictadores del Caribe y el Departamento de Estado presionaba para que se alejaran de los intereses de Alemania y de Italia por razones de la guerra. Un claro ejemplo era Ubico, que admiraba a Hitler y, en especial, al Duce, a quien había recién condecorado. Esa tensión aumentó cuando los dictadores recibieron del FBI las listas de empresas alemanas y de sus dueños elaboradas por sus agentes estacionados en los países centroamericanos y del Caribe. Debían vigilarlos y embargarles sus bienes inmuebles ya. En Guatemala los alemanes poseían grandes fincas cafetaleras y plantaciones de azúcar y, luego de embargados sus bienes, fueron concentrados y enviados a Texas a campos de reubicación, como sucedió con los japoneses, para evitar que pudieran atentar contra intereses estadounidenses en la zona. Ubico fue ambiguo y se resistió a tales exigencias y se lo dijo al embajador estadounidense Fay Allen Des Portes,

cuando este lo conminó a ello y también a que expulsara a la mitad de su gabinete porque eran nazis, empezando por su canciller Carlos Salazar Argumedo, abogado de la poderosa firma cafetalera alemana Nottebohm Hermanos; y despidiera también al jefe de la Policía, el general Roderico Anzueto Valencia, por iguales razones, además que asesinaba a los opositores y violaba mujeres con impunidad. De eso se enteró Zemurray al leer el cable que un diplomático mexicano mandó a su ministerio, traducido al inglés por la Tropical Radio, que enviaba copia de cada telegrama o cable importante a la gerencia general de la empresa y este se lo remitía a Zemurray:

*The tension reached a high point with the departure of US ambassador Fay Allen Des Portes. One of the dictator's forms of resistance was his refusal to reorganize his cabinet and expel four ministers accused of relations with Nazism. That included his chancellor, Carlos Salazar Argumedo, a lawyer for the powerful commercial firm Nottebohm Hnos., and Roderico Anzueto Valencia, described by a Mexican diplomat as "a man without scruples." Ubico considered Anzueto to be a "perfect imbecile", but nonetheless used him "to commit many murders and rapes." Conversation with the President of Guatemala, taken from telegrams 372 y 374, in letter from Mexican Embassy in Guatemala to SRE, September 2, 1942, AHSRE, No. 38I-R, file 728.I-0.*

Para presionar a Ubico, Des Portes le notificó que su país instalaría en Guatemala tres bases militares con el pretexto de que el Canal de Panamá necesitaba más seguridad en la zona. Molesto, el dictador firmó su conformidad para evitar una represalia del gigante del norte. Y replicó al diplomático que los tiranos vecinos Carías, Somoza y Hernández se sentirían igualmente intimidados por esa presencia militar. Además, Ubico aceptó que el coronel estadounidense William Henning, graduado de la Academia Paterson de New Jersey, fungiera como director de la militar Escuela Politécnica para no dejar cabos sueltos.

Zemurray reunió a sus gerentes de Guatemala, Nicaragua y Honduras en el poblado de Trujillo, donde se ubicaban sus

plantaciones bananeras hondureñas. Analizaron las implicaciones de lo anterior y concluyeron que los dictadores llevaban las de perder pues soplaban vientos democráticos que reducirían el margen de ganancias, por lo que la empresa debía encarar ese cambio. Aún reunidos allí, de pronto Sam Banana lanzó palabrotas en el salón de reuniones al leer un telegrama que llegó a sus manos: un submarino alemán hundió en el Caribe uno de los barcos de la Gran Flota Blanca, de su propiedad. Refunfuñó y sentenció que debían comprometerse a luchar contra Alemania porque, de ganar, lo primero que haría Hitler será entregarla a una firma nazi.